

palabras de su padre, y el anciano se retiró humildemente á otra puerta, con algo de ansiedad en el rostro, y allí se detuvo y miró hácia atrás, sin quitar la mano del pestillo.

—Si necesitas de álguien, ya sabes, no tienes mas que llamar: todos estaremos en la librería.

Hipatia se sonrió por tercera vez, y el anciano desapareció, dejando á los dos solos.

Filemon permanecia de pié, trémulo y con los ojos clavados en el suelo. ¿Dónde estaban las hermosas frases que tenia dispuestas para cuando llegase la ocasion? No osaba levantar los ojos y fijarlos en aquel semblante, por temor de que se los hiciese saltar de la cabeza. Y sin embargo, cuanto mas tiempo pasaba sin mirar el rostro de Hipatia, mayor era su certeza de que estaba observándole, y mayor la escasez de hermosas frases que esta certeza le producía. . . . ¿Cuándo rompería ella el silencio? Quizá deseaba que hablase él primero. Hipatia debía empezar, pues era la que habia querido que viniese. . . . Pero permanecia sin desplegar los labios examinándole de piés á cabeza, tan

inmóvil como si fuese una estatua, con las manos cruzadas sobre el manuscrito que descansaba en sus rodillas. Suponiendo que su atrevimiento la hiciese sonrojar, no se hallaban los ojos de Filemon en estado de conocerlo.

¿Cuándo terminaría aquella intolerable suspension? Quizá ella sintiese la misma repugnancia á hablar que él. Pero alguno debía ser el primero; y, como sucede siempre, la parte mas flaca, impelida por el temor, rompió el silencio en tono medio indignado y medio apologético.

—Me has enviado á llamar, dijo Filemon.

—En efecto. Me pareció, al fijar la vista en tí durante mi leccion, ántes y despues de que fueses bastante áspero para interrumpirme, que tu ofensa provenia de mera ignorancia juvenil. Me pareció que tu rostro revelaba mas noble naturaleza que la que los dioses acostumbran dispensar á los frailes. Para que yo pueda cerciorarme de si me he equivocado ó no en mi juicio, quiero me digas qué idea te ha traído aquí.

Filemon consideró esta pregunta como inspirada por el cielo, pues se ponía

en camino de cumplir su comision. Sin embargo, titubeó y respondió con un esfuerzo desesperado:

—Reprenderte por tus pecados.

—¿Mis pecados? ¿Qué pecados? preguntó Hipatia, levantando sorprendida, aunque con cierta magestad, sus grandes ojos pardos, ante los cuales se abatieron los del monge, sin saber por qué.

¿Qué pecados? El los ignoraba. ¿Tenia acaso el aspecto de una Mesalina? Pero, ¿no era una pagana y una hechicera?... Y con todo, Filemon se sintió cortado, tartamudeó, bajó la cabeza, cual si le asustase el sonido de sus mismas palabras.

—Las torpes hechicerías... y el desarreglo, peor que las hechicerías, en que dicen....

No pudo proseguir; porque al alzar los ojos, solo vió una terrible y tranquila sonrisa en aquel semblante, no habiendo sus palabras logrado alterar el color de aquellas mejillas de mármol.

—¡Dicen!.... Sí, los hipócritas y calumniadores; fieras del desierto, é intrigantes fanáticos, que, segun las palabras del que llaman su Señor, recorren el cielo y la tierra para buscar un pro-

sélito, y cuando le han encontrado, le hacen dos veces mas hijo del infierno que ellos. Vete... te perdono.... eres joven, y no conoces aún los misterios del mundo. La ciencia te enseñará algun dia que la forma exterior es el sacramento de la belleza interior del alma. Un alma, así creí yo que revelaba tu rostro; pero me equivoqué. Solo los corazones ruines son capaces de abrigar tan ruines sospechas, juzgando á los demas por sí mismos. ¡Vete! ¿Es mi aspecto de... La sola figura piramidal de estos dedos, si supieses leer su simbolismo, desmentiria tus palabras.

Y el brillo de su glorioso semblante le hirió de lleno, como los rayos de sol al reflejarse en la superficie de un espejo.

¡Pobre Filemon! ¿dónde están tus elocuentes argumentos, tus teorías ortodoxas? El monge luchó orgullosamente con su corazon de hombre, y probó á desviar sus ojos; pero era como si la aguja imantada tratase de deshacer el encanto que la atrae al Norte. En un momento sintió, á pesar suyo, vergüenza, remordimientos, deseo de alcanzar el perdón; y se encontró de rodillas an-

te ella, rogándole con palabras poco dignas y entrecortadas que le perdonase.

—Vete.... te perdono. Pero sabe, antes de irte, que la leche divina que cayó del seno de Here, teniendo la planta que tocaba de una eterna blancura, no era mas pura que el alma de la hija de Teon.

Filemon miró el semblante de Hipatia, y un instinto infalible le dijo que sus palabras eran verdaderas. Era un monge acostumbrado á considerar el pecado animal como el peor de todos.... como "la grande ofensa," en cuya comparacion todos los demas pecados eran veniales. Pero donde existia la pureza física, ¿no debian encontrarse todas las otras virtudes? Las demas faltas desaparecian bajo el brillante velo de aquella grande hermosura, y en su abatimiento se expresó como sigue:

—¡Ah! ¡no me desprecies! ¡No me echés de tu lado! No tengo amigos, casa ni maestro. La noche última huí de los hombres que profesan mi fé, abrumado de insultos é injusticias y disgustado con su ferocidad é ignorancia. No me atrevo, no puedo, no quiero volver á la oscuridad de los Lauros de la Te-

baida. ¡Tengo mil dudas que resolver, mil preguntas que hacer, sobre ese gran mudo antiguo del que nada conozco.... y de cuyos misterios tú sola, dicen, posees la clave! Soy cristiano; pero estoy sediento de ciencia. ¡No prometo creerte; no prometo obedecerte; pero déjame oír tus lecciones! Enséñame lo que sabes, para que pueda compararlo con lo que sé.... ¡Si es que (y tembló al pronunciar estas palabras) si es que sé alguna cosa!

—¿Has olvidado los epítetos que acabas de aplicarme?

—¡No! ¡no! Pero olvídalos tú; me fueron sugeridos. Yo.... yo no los creía cuando los dije. Me costó una agonía el pronunciarlos; pero lo hice figurándome que así te salvaba. ¡Oh! ¡permíteme que pueda volver y oírte. Desde lejos.... desde el mas distante rincon de tu sala de lecciones. ¡Guardaré silencio, y no me verás. Ayer tus palabras despertaron en mí.... no, no dudas; pero, debo oír aun mas, ó ser tan miserable interiormente como lo soy en mis circunstancias exteriores!

Y miraba hácia arriba con ademan suplicante.

—Levántate. Ese tono y esa actitud no son propios ni de tí ni de mí.

Y cuando Filemon se levantó, ella se puso también de pié, y pasó á la librería, donde estaba su padre, volviendo con él á los pocos minutos.

—Sígueme, jóven, dijo el anciano, descansando su mano con bastante afabilidad en el hombro de Filemon.... Tú y yo podemos arreglar el resto de este asunto.

Filemon le siguió, sin atreverse á mirar á Hipatia, mientras que toda la sala giraba ante sus ojos.

—Sé que has dicho cosas groseras á mi hija, pero ella te ha perdonado....

—¿Me ha perdonado? preguntó el monge estremeciéndose.

—¡Ah! Tienes razon de admirarte. Pero también yo te perdono. Sin embargo, ha sido una suerte para tí que no te oyese yo; pues de otro modo, viejo y todo como soy, no sé lo que hubiera hecho. ¡Ah! ¡no la conoces, no la conoces! Y los ojos del anciano pedante, brillaron con el orgullo del amor paterno.... ¡Ruega á los dioses te concedan algun dia una hija por el estilo (es decir, si aprendes á merecerla), tan vir-

tuosa como sábia, tan sábia como hermosa! Ciertamente, me han recompensado por mis trabajos en su servicio. ¡Mira, jóven! aunque hayas contraído pocos méritos para ello, aquí está una prenda de tu perdon, por la cual las personas mas ricas y nobles de Alejandria dan con gusto muchas onzas de oro; á saber: una tarjeta de libre admision en lo porvenir á todas sus lecciones. Ahora vete; has sido favorecido mas de lo que merecias; lo cual te enseñará que el filósofo practica lo que el cristiano se contenta con predicar, y vuelve bien por mal.

Dicho esto, entregó á Filemon la consabida tarjeta, y encargó á uno de los secretarios que le acompañase hasta la puerta exterior.

Los jóvenes le miraron desde sus asientos cuando pasaba con rostros en que se leian la sorpresa y el temor, y no pensando ya evidentemente en el absurdo de su piel de cordero y de su tez morena; y él salió á la calle con el sentimiento de asombro y confusion propio de uno que, mediante un salto desesperado, se ha sumergido en un mundo para él nuevo. Trató de alegrar-

se; pero no se atrevió á ello. Ante él todo era ansiedad, todo incertidumbre. Se habia entregado á merced de las olas; estaba en el gran rio. ¿A dónde le conduciría éste?... ¿Acaso no era aquel el gran rio? ¿El género humano en todos los siglos no habia flotado sobre su superficie? Ahora bien; ¿era únicamente un rio desierto, que decrecia bajo el ardiente sol, y estaba destinado á perderse á pocas millas de aquel sitio, en medio de las estériles arenas? ¿Arsenio y la fé de su niñez tenian razon? ¿El mundo antiguo caminaba rápidamente á su fin, y el reino de Dios se hallaba próximo? ¿Tenia razon Cirilo, y la Iglesia Católica debia pasar por todas las alternativas de la propagacion, la conquista, la destruccion y la reedificacion, hasta que los reinos de este mundo llegasen á ser los reinos de Dios y de su Cristo? Entonces.... ¿para qué le serviría la antigua ciencia que deseaba adquirir? Y sin embargo, si estaba cerca el dia en que todo seria aniquilado, y los tiempos habian de continuar empeorando hasta el fin.... ¿cómo podia ser qué?....

—¿Qué hay de nuevo? preguntó el porterillo, que le habia estado aguar-

dando abajo todo aquel tiempo. ¿Qué hay de nuevo, favorito de los dioses?

—Voy á vivir y á trabajar contigo. En este momento no me preguntes mas. Estoy.... estoy....

—Los que bajaban á la caverna de Trofonio y veian lo inefable, permanecian atónitos durante tres dias, amigo mio.... ¿Así te sucederá á tí!

En seguida marcharon juntos á ganarse el sustento.

Pero entretanto, ¿qué hacia Hipatia en aquel nebuloso Olimpo, donde vivia lejos del ruido y de las luchas de los hombres?

Se ha sentado otra vez, con su manuscrito abierto ante ella; pero está pensando en el jóven monge.

—Hermoso como Atinoo.... mejor dicho, como el mismo Febo, despues de haber matado la serpiente Piton. ¿Por qué no llegaria él tambien á ser matador de Pitones y otros horribles monstruos, criados en el fango de los sentidos y la materia? ¿Tan atrevido y lleno de ardor!.... Le perdono aquellas palabras por el mero hecho de haber osado dirigirmelas en casa de mi padre.... Y sin embargo, ¡tan tierno, tan dispuesto

al arrepentimiento y á una noble vergüenza!... No debe ser de origen plebeyo; sin duda corre por sus venas sangre patricia; se conoce en todas sus actitudes, en el tono de su voz, en el movimiento de la mano y de los labios. Imposible que pertenezca al comun de los hombres. ¿Qué persona vulgar ha buscado nunca la ciencia por su propio impulso?... ¡Y tanto como he ansiado tener un verdadero discípulo! He querido encontrarle entre los afeminados mozalvetes que pretenden escuchar mis lecciones. Pensaba haber hallado uno... y en el momento de perderle, otro se presenta, dotado de una naturaleza mas fresca, pura y sencillá que lo fué jamás la de Rafael. A juzgar por todas las leyes de la fisonomía, por todo el simbolismo de los gestos y de la voz, por la complexion, por el instinto de mi corazón, ese joven fraile pudiera ser el instrumento pronto, valiente y sumiso para realizar todos mis sueños. Si yo lograra hacer de él un Longino, me atreveria á representar el papel de una Zenobia, teniéndole por consejero.... ¡Y quién seria mi Odenato?... ¿Orestes?... ¡Qué horror!

Se cubrió el rostro con la mano por un minuto.

—¡No! dijo enjugándose las lágrimas. ¡Esto... y cualquier cosa... y todo, por la causa de la filosofía y de los dioses!

¿Puede ahora el autor pedir la misma libertad que se le concedió al poeta en la antigua comedia griega, de mostrarse una sola vez, arrojando por unos cuantos minutos la mascara dramática, y dirigiéndose á sus lectores á fin de ponerlos al corriente de algunos hechos generales necesarios para la inteligencia de su historia?

Quizá debiera haberse hecho esto al principio, como en la citada comedia, por medio de un prólogo; pero el autor, con tal omision, quiso mostrar á los lectores que los consideraba bastante instruidos para poder seguirle, mas bien en elase de críticos que de alumnos, al través de un campo histórico perfectamente conocido.

Sin embargo, puede convenirle, al paso que reclama la indulgencia de aquellos que saben mucho mas que él

en este asunto, dar un ligero bosquejo de la época que ha elegido para teatro de su novela.

Por algo mas de cuatrocientos años, el Imperio Romano y la Iglesia Cristiana, que aparecieron en el mundo casi al mismo tiempo, se habian estado desarrollando, como dos grandes poderes rivales, en mortal lucha por la posesion de la raza humana. Las armas del Imperio no habian sido meramente una opresora fuerza fisica y un ánsia cruel de conquista, sino otras aun mas poderosas, a saber: su genio sin igual para la organizacion, y un sistema uniforme de leyes y de orden en lo exterior. Este era generalmente un bien real para las naciones conquistadas, porque sustituia á las miserias fortuitas y arbitrarias de una guerra salvaje, una expoliacion fija y regular; y el mismo sistema atraia al lado del Imperio á los ciudadanos ricos de todo pueblo vencido, concediéndoles participacion en el despojo de las masas trabajadoras que les estaban sometidas. Estas, en los distritos rurales, yacian en completa esclavitud, mientras que en las ciudades su libertad nominal de poco les servia, pues que solo se li-

braban de morir de hambre por las limosnas del gobierno, y su brutal buen humor era debido á un vasto sistema de espectáculos en que se saqueaban los reinos de la naturaleza y del arte para satisfacer la admiracion, la incontinen- cia y la ferocidad de un degradado po- pulacho.

La Iglesia habia estado combatiendo contra esta vasta organizacion durante cuatrocientos años, armada únicamente de su poderosa mision y de la manifes- tacion de un espíritu de pureza y vir- tud, de amor y abnegacion, mas capaz, segun el éxito lo demostró, de suavizar y unir los corazones de los hombres, que toda la fuerza y el terror, toda la organizacion mecánica, todos los atrac- tivos sensuales que el Imperio opuso á aquel Evangelio, en el cual, instintiva- mente y á primera vista, habia descu- bierto su mortal enemigo.

Pero ya la Iglesia habia triunfado. A pesar de las crueldades de los persegui- dores; á pesar de la atmósfera infecta de pecado que la rodeaba; á pesar de haberse formado, no de una raza de hombres puros y aislados, sino de la masa de los mismos que la insultaban y